



Con la guía de nuestros titulares Juan, Lucas, Mateo y Marcos, ante Nuestra Madre María Santísima de la Amargura y en presencia de Jesús os deseamos la paz.

Aprendimos de nuestros mayores “que es bien nacido el que es agradecido”, por ello y porque así lo sentimos una vez más públicamente, queremos dar las gracias a la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas de la Semana Santa de Puente Genil y en particular a su Presidente por haber avalado nuestra propuesta como pregoneros de la Semana Santa del año 2006.

También queremos hacer público nuestro agradecimiento a cuantas personas nos ofrecido su apoyo, su ánimo y su ayuda en esta tan arriesgada, importante e ilusionante tarea.

De forma especial a los Hermanos de la Corporación “La Historia de Tobías-El Pez”, porque las palabras que nos dedicaron en la presentación del pregonero han sido acicate y estímulo en los hitos recorridos hasta este momento y a los de nuestra querida Cofradía, que han hecho posible que nuestra Madre, María Santísima de la Amargura presida este acto.

Nuestra Corporación, cuya figuras cumplirán muy pronto trescientos cincuenta años en la vida de la Semana Santa pontana y el propio grupo setenta desde su última reorganización, mantiene, a pesar del tiempo transcurrido, su objeto fundacional, que no es otro que la contribución al mayor lucimiento y esplendor de nuestras procesiones, auténtico sentido de esta tradición.

Somos Los Evangelistas un grupo más en la Semana Santa, a cuyo engrandecimiento queremos contribuir desde la sencillez de nuestros actos. Con nuestras costumbres propias, como cualquier otro grupo, costumbres que siempre serán algo propio e interno, siempre como costumbre nunca como tradición. La tradición, debe ser nada y nada menos que la singular y diferente Semana Santa de nuestro pueblo y ella es a la que debemos mantener y cuidar, como han venido haciendo desde el pasado lejano en el tiempo, pontanenses, viejos mananeros, presentes y ausentes, que fueron, son y serán manadero inagotable de recuerdos y que con su ejemplo nos acercaron al fondo de esta celebración.

Quemos ser un Grupo con las puertas abiertas para todo el que quiera compartir con nosotros este espíritu, queremos ser un Grupo con el corazón abierto a todo lo que significa la Semana Santa de Puente Genil.

Y sobre todo queremos, y en palabras que dejó escritas nuestro Hermano Rafael Jiménez, en el acta de la Junta del Domingo de Resurrección de 1982: “ser un ejemplo más de seriedad y ejemplar comportamiento y testimonio de la fe que en nuestros corazones tenemos a Jesús, en su Pasión y en su Resurrección Gloriosa”.

Pregonar puede ser alabar públicamente las cualidades de una persona y pregonar también puede ser convocar, divulgar o promulgar.

Y son estos cuatro conceptos: divulgar, convocar, alabar, y promulgar, las piedras angulares que enmarcan este Pregón que hoy, Domingo de Ramos, comienzo de la Semana Santa, os presentamos.

Pregón que ha nacido en el seno del Grupo, responde a la vida del Grupo. Proclama la forma de ver, sentir y vivir la Semana Santa desde la Corporación de Los Evangelistas.

Ideas, palabras, recuerdos, emociones, gestos, vivencias, sentimientos, que el tiempo ha ido sedimentando en el hacer mananero de los hermanos de la Corporación, han visto la luz al reclamo del compromiso adquirido y han fructificado en propuestas que han surgido como “cosas del alma” Evangelista.

Ideas, palabras, recuerdos, emociones, gestos, vivencias, sentimientos, que se han fundido en el crisol transparente del afecto y la autenticidad y cuyo resultado ha sido una aleación nítida, sólida y segura, a la que cuatro hermanos se han encargado de labrar con el cincel de la ilusión y esculpir con el buril de la responsabilidad. Cuatro hermanos a los que tengo el honor y el orgullo de presentar.

Ellos son Manuel Ángel Borrego Moreno, Antonio José Ortega Cáceres, Juan Manuel Campos Palomo y Manuel Alejandro Ortega Becerra, Evangelistas por los cuatro costados, hijos de Evangelistas, de cuatro generaciones diferentes, pero que como el resto de hermanos cada día avanzan hacia una plena relación fraternal.

Ellos junto con los demás hermanos que han aportado su habilidad, su voz, su arte, su trabajo, han hecho posible este Pregón. Pregón que dedicamos a todas las personas que hacen posible nuestra Semana Santa y que ofrecemos como homenaje de respeto y admiración a todos aquellos que en el transcurrir del tiempo han conservado esta “tradicción”, y como patrimonio... nos han cedido en herencia. Patrimonio que tenemos obligación de proteger y conservar, para honrar la memoria de los que nos han precedido y para entregarlo a los que lleguen nuevos en su más pura esencia.

A muerte los persiguieron
todos los pueblos paganos
y el evangelio escribieron
para bien de los humanos.

Dice Jesús: *¿Por qué me invocáis: “Señor, Señor” y no hacéis lo que digo?* Evangelio de San Lucas, capítulo 6°.

Y fue, cuando nos pediste que te hablásemos, que nos pariste al mundo del gesto, a ese mundo que es incapaz de mentir, porque nosotros y tú sabemos que los verbos asombran la verdad.

Fue, cuando nos pediste que te hablásemos, que te desnudaste ante nosotros de palabras, y nos mostraste que, desde el origen, eres únicamente gesto, acción, sustantivos plásticos, amalgama ecléctica de señales tatuadas en la piel de un pueblo.

Fue, cuando nos pediste que te hablásemos, cuando despreciamos tus adornos facunderos para asirnos a tu alma formal.

Fue, cuando nos pediste que te hablásemos cuando pudimos mirarte el alma y creímos en tu mirada que no engaña, en tu sonrisa que sentencia veracidad, en tu expresión fiel, involuntaria, como emergente magma inconsciente.

Por eso hoy, desde aquí, pero desde siempre, tú lo sabes, queremos prendernos sólo en tu esencia, en tu naturaleza inimitable y propia, y alborozarnos con lo que persistentemente en la Corporación hemos entendido que guía hacia la autenticidad, hacia esa realidad que llena de luz limpia las esquinas opacas de nuestra vida. Hacia esa verdad única, rara y singular, viajera inagotable de primaveras fecundadas de usos mananteros. Hacia esa verdad aprehendida desde leyendas ilusionadoras, desde parlamentos fatuos, incluso, también, desde costumbres embusteras, y sin embargo, innegablemente hincados en el espíritu desde las actitudes más auténticas y legítimas, desde los más genuinos y fidedignos gestos mananteros.

Por eso venimos a ti, hoy y siempre, con el espíritu más generoso que podamos, agradecidos, pero sobrecogidos y asustados, cogidos de la manos de nuestros mayores, como cuando éramos chiquillos y nos asomábamos allá por Santa Catalina, o Don Gonzalo, entre una columnata de manos portadoras de oraciones. Y con la misma cara de asombro, hoy nos mostramos a ti, con la boca abierta, sin saber qué decir, de forma que nos dejaremos llevar por tu corriente, ilusionados porque hoy todos los corazones que quieran oírnos latan al unísono con el nuestro, desde donde fluyen estas palabras que tú misma nos has enseñado.

Y por eso venimos a oponer Puente frente a río, azahar frente a flor, uvita frente a vino, embriagado frena ebrio, abrazo frente a saludo, lágrima frente a gota, decano frente a viejo, madre frente a mujer, gesto frente a palabra.

Por eso hoy, venimos a ti, Semana Santa de Puente Genil, a proclamar, a pregonar, cuál es, desde nuestra alma evangelista, tu basamento, las columnas que soportan tu gloria, aquellos contrafuertes que han perdurado sobre el tiempo.

Y ese es precisamente nuestro entusiasmo. Igual que el profeta Ezequiel vio la gloria de Dios representada en una gran nube resplandeciente y desde donde emergían cuatro seres que la soportaban, con semejanza de seres humanos de cuatro caras: de águila, de buey, de hombre y de león, así te intuimos, Semana Santa de Puente Genil.

Y es que hemos heredado por ti una determinada concepción de religiosidad original y en tu asimilación se da una representación detallada del Antiguo y Nuevo Testamento, y en tu legado, Semana Santa de Puente Genil, coexisten dos elementos: el sustancial y el espiritual. El sustancial es vivir de una manera fraternal una sucesión de actos y el espiritual es la convicción de que esa inercia es necesaria, pues a través de ti se establecen experiencias cristianas, aglutinadoras, de creyentes cuya piadosa formación no sea imperiosamente

extensa, ya que eres la rememoración plástica, y en los escenarios pontanos, de hechos históricos, esenciales para el cristianismo: la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús de Nazaret y los Dolores de María, su Madre-Virgen. Pero, al mismo tiempo, ese es el orgullo de tu pueblo, convertido en faro vigilante de tu inapreciable valor: tu vigencia “inamovible frente a modas políticas, sociales y religiosas”.

Es cierto que en ti, Semana Santa de Puente Genil, se dan elementos estereotipados y, también, espacios y tiempos prefijados, donde aparece un respeto por la tradición y se recuerda el pasado, pero también se dan exaltaciones de espontaneidad con los que los valores espirituales se elevan y prevalecen sobre los materiales. Ambos gestos, los estereotipados y los espontáneos son cruciales, pues en el desarrollo de los mismos es donde se inicia a los neófitos y se crean e incrementan vínculos fraternales que después irán más allá de ti y de tu preámbulo Cuaresmal.

Semana Santa Pontana, aliento de este linaje que supera a la propia historia eliminando entre los que te amamos aquello que la naturaleza te ha impuesto. Semana Santa Pontana, voluntad creadora, filosofía basada en dogmas vivenciales engendrados en el vientre del mismo pueblo. Siempre serás la dueña de pasados gloriosos, de presentes fugaces y de futuro, cierto o incierto, pero futuro.

Pero, ¿cómo has llegado a nosotros?

¿Quién ha revelado todo tu contenido, tus matizaciones, tus sentimientos?

¿Dónde está tu sermón?

¿Dónde tus “Sagradas Escrituras” que han permitido transmitir durante décadas todas estas afirmaciones?

¿Quién ha sido capaz de verbalizarte, para después, ahora, poder vivirte en las palabras?

Nosotros hoy queremos decirte, mananta pontana, queremos decirte amados hermanos, que no ha sido sólo el verbo quien ha conseguido esa transferencia. Hemos de aceptar que todo aquello que hoy podemos poner por escrito es porque antes se hizo, porque antes de ser palabra fue un hecho, una acción, un gesto. “Incluso, originalmente, el propio Evangelio, no es un libro, ni siquiera una predicación, un escrito o un discurso. Es ante todo un hecho, el hecho de la salvación que entró en la historia humana en la persona de Jesús Nazareno”.

¿No es cierto que cuando hemos pretendido definir cualquier aspecto de esta manifestación de fe popular, nos hemos encontrado con absolutas dificultades para concretarla? Bien por la limitación de nuestra palabra, bien porque el lenguaje más extenso del más grande vate es insuficiente para describir un abrazo entre hermanos, la expresión de un niño viendo a su padre vestido de figura, la expresión de un padre viendo a su hijo vestido de figura. No hay adjetivos que describan la expresión de angustia de una Virgen Dolorosa o la mirada amante de Jesús Nazareno. O una estación de penitencia, o la mirada desgarrada de

una madre ante Jesús pidiendo por los suyos, ni una expresión mas dulce que la de un pontanés ausente dando de nuevo gracias por volver a verle.

¿Quién entiende si no es después de vivirlo cuantiosas veces un Sábado de Cuaresma, una Figura, los Romanos, el Rebateo, un alpatana, una uvita, tu abrazo, tu hermandad?

¿Cómo crees que aprende un niño? Viéndote, Semana Santa, los gestos.

¿Qué se llevan de nosotros los que vienen? Los gestos. Los tuyos y los nuestros.

Y estamos hablando de gestos que llevan implícito el tinte del amor divino: la fe; y del amor al prójimo: la hermandad. Gestos que no sabes nunca el porqué lo haces, pero que cuando los terminas, antes incluso de consumarlos, te dejan el sabor de las cosas bien hechas. ¡Poco importa si será “políticamente correcto”! ¡Eres tú y tus sentimientos más íntimos, a los que poco incumben los porqués y los paraqués! ¿Quién decidirá lo que en el mundo de los sentimientos mananteros debe hacerse cuando de amor a un hermano se trata?

Esos gestos, imperceptibles, inapreciables, inconscientes, a veces invisibles para el ojo humano, sólo evidentes para los corazones impregnados de auténtico sentir manantero. Gestos íntimos, subjetivos, portadores de ingentes cantidades de emociones que llenan de contenidos momentos aparentemente vacíos.

Son por ellos, Semana Santa pontana, por los que levantamos nuestra copa y brindamos. Y brindamos hasta embriagarnos de ellos, de la misma manera que nos embriaga la amistad, o el aire de nuestra tierra, o los perfumes de La Puente.

Dice Jesús: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, igual que yo os he amado, amaos también vosotros.* Evangelio de San Juan, capítulo 13.

Para desarrollar todas estas vivencias que nos proporcionas y que hoy nos pides que te definamos, necesitamos, antes de nada, publicitar el catalizador que encauza todos tus dogmas mananteros. ¿Qué tienes en tu interior, Semana Santa nuestra, que te distingue de cualquier otra manifestación popular habida, incluso, de otras Semanas Santas? ¿En qué crisol se consigue acendrar, aquilatar, todas estas sensaciones? ¿Dónde se engendran los gestos?.

Son las agrupaciones pontanas vinculadas contigo, Semana Santa, incorporadas, también, a tos elementos que consiguen singularizar la Fiesta Mayor de Puente Genil.

Es en estas agrupaciones donde se desarrolla, donde reside, donde se manifiesta tu mayor tesoro como celebración popular y religiosa; donde se despliega el elemento unificador sin el que, probablemente, nada de lo que hoy vemos o decimos hubiese sido posible. Nada existiría como es, sin tu esencia, sin tu alma, sin tu impulso motriz:
LA HERMANDAD.

¡Hermandad!, inherencia manantera a la que debemos darle carácter de auténtica, renovándola asidua y firmemente, y alimentándola con el respeto y la franqueza, tanto en el hacer como en el decir.

¡Hermandad!, cordón umbilical que ha hecho posible el camino recorrido hasta ahora y que impregna de éxito no sólo el ayer y el hoy sino, también el mañana de nuestra Semana Santa.

¡Hermandad!, esencia de los Grupos que lubrica la coexistencia de personas para mantener en vigencia las necesarias normas establecidas y la existencia de valores en común.

¡Hermandad!, virtud que hace que estén presentes entre los miembros de una agrupación manantera rasgos de afectividad en las relaciones personales, que prevalezcan los lazos emotivos a la hora de tratar los asuntos de los grupos, la entrega moral o compromiso de los hermanos ante los valores significativos de la agrupación, y un sentido altruista y magnánimo de la solidaridad con los demás miembros.

¡Cuántas posibilidades de gestos acaparan la palabra hermandad! Palabra venerada en las corporaciones pontanas y que desafortunadamente es en algunos momentos y lugares, manoseada, adulterada, y en su nombre, incluso, podemos haber cometido tropelías gestadas desde el más puro egoísmo. Cuidémosla, es nuestro tesoro. Cuidemos sobre todo aquellos gestos que realizamos por ella. ¡Porque no todo está permitido en su nombre! ¡No todo debe estar permitido!

Quando te llame hermano sólo querré contigo: compartir, cooperar, amar, orar, sentir, trabajar, llorar, reír, descubrir. Cuando te llame hermano sólo diré honradez, lealtad, claridad, espontaneidad. Cuando te llame hermano diré amigo sin condiciones para lo que la vida nos diseñe. Cuando te diga hermano daré gracias a Dios por que no estoy solo. Cuando te diga hermano, rezaré. Cuando te diga hermano, haré sonreír a Dios.

Dice Jesús: *Dejad que se me acerquen los niños, no se lo impidáis, porque los que son como ellos tienen a Dios por Rey.* Evangelio de San Marcos, capítulo 10.

Todo comienza con la ilusión del niño que espera impaciente su primer Día de la Cruz. La noche anterior a ese primer encuentro, ya intuyes que el día que va a venir no será un día cualquiera. El abuelo, como olvidarlo, te da un papelillo en el que se puede leer: “San Juan, Santa Catalina”. No entiendes nada, no puedes comprender, desde tu perspectiva de los cinco años que tienes, que vestir de figura e incluso hacer la reverencia sea tan importante para ti. Pero hoy, todavía puedes recordar la ilusión y el miedo que supuso el tener que hacer lo mismo que hacía tu padre, incluidos los ensayos de la reverencia que hiciste delante de un cuadro de Jesús Nazareno con una carpeta repleta de facturas.

Entre los recuerdos más íntimos y mejor custodiados conservas la imagen de traspasar el umbral de la puerta del cuartel desde donde ya podías sentir algo especial, una emoción que no disciernes qué significa y que incluso no harás tuya, aunque siempre incompleta, hasta mucho más tarde. Y que invadía todo tu cuerpo y en la que se percibe el

peso y la salvaguarda de una tradición manantera y la responsabilidad del traspaso de ésta a las generaciones venideras.

A continuación rememoras cómo te vestían de figura, encima de aquella mesa larga de aquel inmenso salón de blanqueadas paredes.

Cuando te ponen aquellas ropas te hacen sentir el ser más feliz de la tierra porque ya eres como tu padre y como tu hermano mayor y miras a tu hermano pequeño con media sonrisa jerárquica.

Y recuerdas como, de repente, según avanzaba el acto, la boca se te volvía seca y sentías que algo te golpeaba internamente, con un ritmo que cada vez era más rápido y lo sentías desde la yemas de los dedos hasta las sienes y papá empezaba a mirarte de forma extraña y le brillaban los ojos y decía cosas que no concebías pero que hoy tienen sentido pleno.

Tampoco sabes muy bien por qué mientras tu padre te vestía de figura, otro hermano de la corporación permanecía observando, embelesado por el cariño que tu padre ponía en aquel litúrgico y entrañable ritual. A este hermano, cuando me miró y me vio casi transfigurado, también le empezaron a brillar los ojos de forma especial. Entonces ignoraba por qué le dijo a mi padre: “¡Qué alegría tener aquí otro como tú, hermano!”.

Hoy, también, sé porqué papá decía que en ti se encendía una llama que no quería que nunca se apagara y que el llamaba “manantera” y que estaba cumpliendo con el legado que le habían inculcado sus mayores, transmitiendo de nuevo, otra vez, el sentir manantero, preservando así nuestras tradiciones. Sin embargo, durante un tiempo te preguntaste diariamente porqué, de repente dejó de hablar y con un inmenso abrazo te bajó de la mesa. Para ponerte los guantes, ni tú ni papá acertabais a colocarlos de forma correcta.

De su mano, bajabas a la calle y el mundo comenzaba a girar a tu alrededor: ¡Eras lo trascendental del momento! ¡Estabas vestido de figura! La sed ya no podías aguantarla y pediste agua y tampoco comprendiste porqué te dieron refresco de limón y, encima, tan poquito y en un vaso tan grande, y además varias veces.

Cuando te pusiste el rostrillo y te dijeron que a partir de ese momento ya sólo podías hacer lo que hacían los mayores, todavía no alcanzas a intuir porqué papá y el abuelo se fundieron en un abrazo y los dos lloraron.

Recuerdas que todo el cuerpo te picaba y no comprendías como la tita mirando hacia ti no te saludara hasta que papá llegó a ella y te señaló. Y de repente, cuando más incomodo estabas, cuando los nervios te consumían y la inquietud se había apoderado de ti, oíste su voz y notaste su caricia. La voz inconfundible que serenó tu corazón y la caricia balsámica que apaciguó toda tu incomodidad. Había llegado mamá.

Dice Jesús: *Mujer, ese es tu hijo.* Evangelio de San Juan, capítulo 19.

Madre pontana, ~~IMADRE~~ ¡Qué veneración sentimos por ti! Tu gesto de darnos vida, es el don más preciado. Muchas maravillas hay en el universo; pero la obra maestra es el corazón de una madre.

Pero a pesar de nuestra **SOBERBIA**, nunca podremos equipararnos a ti. ¡Porque tú puedes ser madre!, ¡Tú puedes gestar!, ¡Tú puedes amamantar! Nosotros sólo podremos colaborar desde una segunda triste posición, subrayando aquello que tú has hecho, viendo aquello que tú has forjado, leyendo lo que tú has escrito como colaboradora celestial, de forma recta, aunque las líneas estén torcidas.

Al mismo tiempo eres, madre, no sólo la transmisora de esa vida, sino que eres, también, la forjadora de esa tradición que llamamos cultura, la excelsa realizadora de la memoria colectiva; porque eres tú la que transmite, generación a generación, vida a vida, lo esencial de nuestro transcurrir histórico. Por ende, eres la única causa de nuestras tradiciones domésticas. Y por eso tú eres la que conduces, de madres a hijos, la identidad manantera. Sí, manantera y de madres a hijos, porque los padres nos limitamos a recoger en un momento determinado aquello que un seno manantero modeló, aquello que un pecho manantero elevó, aquello que una mano manantera meció, aquello que un corazón manantero enseñó.

¡**C**uánta comprensión vierten tus miradas! Cuántas veces has inquietado al padre por sus gestos y, sin embargo, tus hijos eran comprendidos y perdonados antes de hacer lo imperdonable para otros.

Cuántas veces te has despojado, incluso de ti misma, para que tus hijos nos ofrezcamos a la Semana Santa.

Pero eres tú, gobierno seguro, estribo imbatible, certeza amable, quien nos ha guiado la mano a la hora de publicitar nuestros sentimientos y, por ello, queremos que estos concluyan, reviertan en ti, como nuestro más sincero reconocimiento agradecido por todo aquello que tú nos has proporcionado.

- **A** ti, madre pontana, alba clara de noche confusa, guía en nuestro desasosiego, seguridad en nuestro desaliento. A ti, madre pontana, que sabes que tu amor maternal ha conseguido un eslabón más en la tradicional cadena, que has presenciado cómo tu vida participa, construye, afianza Semana Santa.

- **A** ti, madre pontana, que elevas la cara de tu hijo diferente, de mirada sin conciencia, sabiendo que su visión, la puede entender todo ser, que nadie puede no tenerla, que nadie puede ser privado de contemplar el rostro amante de Jesús Nazareno. A ti, madre pontana, que a costa quieres alagar lo definido, lo inevitable, lo seguro, prolongando tu presencia, día sagrado tras día sagrado, a los pies de Jesús porque esa es tu ofrenda, pero al mismo tiempo esa es tu exigencia.

- **A** ti, madre pontana, que meciste la cuna con una saeta en los labios como la más hermosa nana, para nunca ser oída. A ti, madre pontana, que educaste en la Semana Santa, en la ausencia, consiguiendo que la tradición brote, y dé fruto, injertada en otros árboles desarraigados de nuestro pueblo y labrados en otra tierra a veces abierta, otras dura y deshumanizada, y casi siempre incomprensiva.

- **A** ti, madre pontana, que apruebas, sinceras, nuestros gestos tomándonos la mano en la calle cuando vemos vivir a nuestro hijo, que miras, que miraste, al pasar con los ojos inundados de lágrimas de emoción, de orgullo y (¿por qué no?), de santos celos. De esos celos teñidos de virtud que sólo una madre puede tener de sus hijos. Celos por no haber podido formar nunca parte del desfile de figuras con tu propia vida.

Eres Madre la Bondad,
a la Vera de la Cruz
donde te nombró Jesús
Madre de la Humanidad.
Madre del Mayor Dolor,
me causa tal desaliento
cuando siento tu quebranto,
que quiero ser un pañuelo
para enjugar tu llanto,
y secar todas tus lágrimas,
y compartir tus Dolores,
en tú triste Soledad,
en tu Angustia, en tu aflicción,
y en tu Amargura María
con un Rosario de amor,
yo te quisiera aliviar.
Más no puedo Madre mía,
náufrago de abatimiento.
olas de los cuatro vientos
me baten en la tempestad.
Como pecador infame
en mi vida yo me alejo,
y me pierdo del camino
que me marcó el Nazareno.
Solo te pido María
que, seas mi Estrella, mi Guía,
mi Esperanza, mi Consuelo.
Porque siempre serás Reina
de la Tierra y del Cielo,
donde quisiera llegar.
Más si llego, será Madre
por tu Amor
y nunca por mis desvelos.

AMARGURA

Sí Madre, batidos por las olas, como la nave que perdió el timón, buscando un puerto donde abrigar las penas de nuestra alma. Cuántas veces los hombres y mujeres de este pueblo hemos sentido la necesidad vital de asirnos a tu manto para ser invadidos por tu calma y no

naufragar en las tempestades furiosas que nos dominan por nuestras sinrazones, por nuestros egoísmos, por nuestros conformismos.

Y sabemos que estás a nuestro lado desde siempre, pero para Puente Genil, desde que aquellos hermanos te abrazaron y decidieron hacerte nuestra, hacerte para tu pueblo, para tus gentes. Aquellos hermanos de profunda devoción mariana que hoy están a tu lado y que nos han inculcado la irremediable necesidad de acudir, cada Miércoles Santo a tu lado para seguir ofreciéndote nuestros coreados cánticos de alabanza, de solicitud, de acción de gracias. Con el amor y la veneración que lo hace este pueblo y a continuación, y junto a **TI**, seguir el camino, ese camino que marca la estela de Humildad de tu venerado hijo en el preámbulo de su Pasión.

¡Qué pluralidad de sensaciones en tu estación de penitencia! ¡Que multiplicidad de estremecimientos sacuden nuestro espíritu, sincronizada con nuestra Orientación ante ti y ante la vida!

Cuando se acerca el momento de que el pueblo te admire vemos en el patio del convento hermanos cofrades que se muestran ante la tarde con gestos aparentemente tranquilos, y que, sin embargo, revelan la economía de la experiencia. Gestos en ningún caso exentos de ilusión y amor hacia ti, Madre.

Gestos que dejan entrever el enorme orgullo que proporciona saber que su misión anual está cumplida, que no ha sido en balde ninguno de sus esfuerzos: que María Santísima puede, un año más, salir a las calles de Puente Genil para ser admirada por sus devotos hijos, para ser venerada como Madre de Jesús y, entonces, como intercesora celestial ser asaeteada por los vivas más sentidos que un devoto mariano pueda pronunciar, ser asaeteada con las peticiones más angustiadas que un hijo necesitado pueda suplicar, con los agradecimientos más dulces que un hijo puede expresar.

Cuando llega el momento de la salida, en esa tarde maravillosa y apreciamos que en el aire todos los olores evocadores del más amado Puente Genil envuelven a los presentes en el patio del convento, vemos a todos los hermanos portadores reunidos en torno al hermano cruceta, que les dedica unas palabras y conduce las oraciones previas a la estación de penitencia para hacer sagrado el recorrido y aportación de fuerzas de estos hermanos para mayor esplendor de María Santísima de La Amargura.

Acompañándola, fieles a María y a sí mismas, las mujeres pontanas, que embellecen a Nuestra Madre, llenas de ilusión por contribuir desde su perspectiva femenina a la Semana Santa de Puente Genil, hoy, aportando esa misma ilusión por colaborar con el esplendor de este día, y desde su luz entonar oraciones silenciosas en la oración.

Viendo la esplendorosa estampa del trono de María en las calles pontanas, rodeada de toda su cofradía, se enaltece el espíritu y esta visión será válida a la multitud de almas pontanas que acompañan a María para después, en su evocación apaciguar los corazones angustiados, para dulcificar la hiel que en ocasiones la vida te acerca a los labios.

Va cayendo la noche y la cara de María aparece resplandeciente, a pesar de la opacidad nocturna, enviándonos desde su Amargura el sosiego conciliador y balsámico de la que comprende el sacrificio del Redentor.

¡Miércoles Santo!, ¡Día Mágico, especial, mananero! día en el que Los Evangelistas estamos y nos sentimos íntimamente, indisolublemente unidos a **TI**, Madre nuestra de la Amargura, día en el que vivimos momentos cargados de hondas y sentidas vivencias que **TU** nos inspiras, y que forman parte esencial de nuestras recompensas mananeras mas sentidas y emotivas.

Dice Jesús: ***El que no está contra nosotros está a favor nuestro.***
Evangelio de San Marcos, capítulo 9.

Pero cuando eres niño nada resulta difícil. Todo es hermoso. Y es cuando se acaba, casi sin darse cuenta y de repente, tu seguridad, tu saber mananero se desmorona quedando destrozado por lo que crees que es incomprensión. Porque todo el mundo te dice que ya no te puedes vestir de figura o de rebateo pero tú no lo entiendes porque para ti, las túnicas todavía te están bien, y no quieres ver que, objetivamente, y a pesar de andar un poco agachado, para que no se note, las túnicas te llegan por la rodilla.

Hoy es cuando me doy cuenta que el sufrimiento que se siente a esa edad no era exclusivamente mío, sino que compartíamos ese padecimiento todos los que estábamos en esas circunstancias.

Aquí, en este ciclo, es donde comienza la etapa más difícil del camino, la ascensión más dura en la vida del mananero. No encuentras tu lugar, ya eres mayor pero los que te rodean no lo ven: “eres demasiado grande para el Día de la Cruz y demasiado pequeño para la Semana Santa”. Y gritas para que todos te escuchen y se enteren “No os dais cuenta que soy mananero, que soy como vosotros, que lo llevo en la sangre... ¿por qué me cerráis las puertas? Dejadme un sitio entre vosotros”. ¿No ves que me he sumergido en la etapa crítica, la más difícil? Ahora empiezo a pertenecer a nadie, voy a adentrarme por caminos desconocidos, desprovisto e indefenso, ante los innumerables cantos de sirena que, desafortunadamente, suenan en la Semana Santa de Puente Genil.

¿Quieres que te ayude? Ya sé que ésta tal vez sea época para no seguir directrices de nadie. Ya sé que éste tal vez sea tiempo para no dirigir a nadie. Sé que son tiempos difíciles para entroncar tradiciones ancladas en pasados gloriosos con la voluble contemporaneidad. Sólo puedo ofrecerte el haber recorrido el camino antes que tú. Podemos intentarlo. En otras ocasiones se ha logrado. ¿Por qué ahora no?

¿Vosotros sois conscientes de los momentos que vivimos? No son los más propicios para estas demostraciones de fe. Estamos rodeados de dificultades que nos envuelven, nos sitian, nos circundan, nos asfixian: no son sólo la insolidaridad y el egoísmo, también la propia autonomía personal, donde la única referencia para el ser humano es uno mismo, y el placer por el placer, donde con su práctica nos quedamos sólo con lo superficial.

Eso es así, hermano. Nosotros también tuvimos que aprender que la ausencia de fundamentos hacen que en la Semana Santa, y como una obligación, haya que seguir rastros,

haya que continuar por caminos anunciados y luchar duramente para no sucumbir a lo que es contrario a la hermandad y lo que empaña el reflejo de nuestros principios y valores cristianos.

Y vosotros sabéis que si no lo hacemos así, nos conducirá a la pérdida del sentido cristiano, a la confusión en nuestra singular Semana Santa. Si nos abandonáis a nuestra suerte, podemos tomar caminos circunstancialmente divergentes.

Pero, ¿por qué? Nosotros, igual que vosotros, también nos movemos en la ilusión que refleja ese grupo de jóvenes en sus primeras voladas transportando todos a una, mesas, sillas, cubiertos y demás enseres al nuevo cuartel cuando se aproxima la cuaresma. En nosotros, como en vosotros, todavía sigue a flor de piel la alegría y hormigueo del despertar mananero que nos proporciona la estampa de las primeras bengalas y la primera junta del Jueves Lardero, los primeros encuentros, los primeros abrazos con hermanos añorados y queridos.

A nosotros, de la misma manera que a vosotros, hermanito, nos llena de vida la Plaza del Calvario totalmente abarrotada un Sábado de Cuaresma donde cada grupo, cada corporación año tras año, ocupa el mismo sitio, y donde está el vuestro esperándoos.

A nosotros, de la misma manera que a vosotros, nos llena de vida la imagen alegre y policroma que forman el variado grupo de corporaciones, rebateos y penitentes en la salida del convento el Miércoles Santo cuando la tarde se toma de un color rosado especial y la puerta del convento es un hervidero de mananeros de todas las corporaciones que se apiñan en tan poco espacio para no perderse ese momento que parece mágico.

A nosotros, como a vosotros, nos llena de vida la imagen alegre y bulliciosa de Puente Genil presenciando la popular, respetuosa y marcial salida del Imperio Romano el Jueves Santo por la tarde al son del nuevo pasodoble, formando una acuarela multicolor donde se mezcla el pueblo con el colorido de sus trajes en los destellos de luz de sus escudos y cascos que irradian por las calles por donde pasean su arrogantes estampas, o aquella reluciente y feliz de la Matallana el Domingo de Resurrección, donde se agolpa la gente para ver el desfile de figuras, celebrando el triunfo de la Resurrección de Nuestro Salvador.

A nosotros nos ilusiona, nos seduce la posibilidad de recorrer este camino con vosotros.

Y nosotros queremos recorrerlo con vosotros. Queremos que cuando seamos convocados hacia esas situaciones límite, a veces contrarias a las tradiciones que deberíamos ceñir, que queremos abrazar, vuestros ejemplares consejos, vivos y directos no sean únicamente soplos de tiempo que nos conserven, que nos mantengan insatisfechos.

Y por eso, queremos más, os exigimos el todo. Vosotros que lo habéis labrado, que sois, ahora los dueños del pasado, tenéis el deber de traspasárnoslo como a vosotros os lo hicieron vuestros antecesores. Limpio, sin ambigüedades, sin dobleces. Para nuestra comprensión, para nuestro uso y para enviarlo así al futuro.

¡Dios mío, hermano, así será!

Dice Jesús:... ***decidle al dueño: “El maestro pregunta dónde está su habitación, donde va comer el cordero pascual con sus discípulos”.***
Evangelio de San Marcos, capítulo 14.

Relaciones afectivas, emotividad, entrega y solidaridad son los pilares, más fuertes incluso que los de hormigón, que fortalecen y cohesionan un cuartel. Físicamente es un lugar de realización de juntas, ordinarias y extraordinarias, de celebración o de onomástica, de sábados de cuaresma o de Semana Santa. ¡Y llamémosles CUARTELES! Son casas, evidentemente, pero son los cuarteles de Puente Genil, esos rincones que sorprende al visitante, pues ven en ellos reservas de amistad, de conversar, de gusto por vivir, de compartir.

Subjetivamente son remansos de paz, que están basados en los ejemplos de vidas de hombres que han tenido un comportamiento admirable con su humildad y sencillez, con su entrega y generosidad, dando un auténtico testimonio de fe cristiana difícil de olvidar. Una reserva que nos permite a los mananeros estar juntos y conversar, donde los hombres no son islotes de hielo a la deriva. Y es que para el mananero el cuartel es uno de los lugares que marcará la geografía de su vida: afecciones, sentimientos, deseos, esperanzas, recuerdos, relacionados o no con la Semana Santa, han partido de este recinto, y no podemos menos que amarle.

Y es en el cuartel...

...donde podemos preguntar y descubrir quienes somos, donde podemos estar en silencio y ser escuchados, donde podemos llorar y no ser avergonzados, donde podemos reír y encontrar la alegría multiplicada, donde podemos querer y descubrir que hemos sido queridos desde el principio...

Ir al cuartel es buscar un sitio tranquilo y discreto, adecuado para remojar la palabra, y semana tras semana, será lugar de reunión fraterna y solidaria, donde el afán común se prolonga en amistad sincera, donde por exclusiva ornamentación encontramos cuadros llenos de fotografías de ahora y de antes, de siempre, y que nos dicen lo que somos, lo que fuimos, y ¿por qué no? lo que queremos ser.

Y en los retratos que cuelgan de las paredes vemos hombres felices, radiantes, también vigilantes, y a los que tenemos que considerar que están vivos, ¡Una vez lo estuvieron! Y debemos encontrar en esos retratos una singular y valiosa crónica de la Semana Santa, una ventana abierta al pasado para mirar con ansias de aprender, pero advirtiendo que su horizonte es actual, pues los valores de la hermandad son inalterables y perpetuos.

¡Cuartel! Sede del grupo, punto de encuentro de hermanos, donde todo es de cada uno y cada cosa es de todos. **¡Cuartel!** Espacio poseedor de un valor añadido: ese valor intangible, sin forma y sin dimensiones concretas, pero que existen, que hacen sentir, que embriagan, que llenan el ambiente y que son el conjunto de relaciones humanas, fraternas, que en su seno se producen.

Hermanos con el corazón y los brazos abiertos, preparados para el cariñoso lazo pleno de generosidad, afabilidad, confianza, honestidad, sinceridad,... ¡esto es la Hermandad! ¡Felices los que saben vivirla y dichosos los que saben cultivarla!

En ese ambiente, nuestro espíritu cobra una vida especial nada comparable con otros ambientes o circunstancias, y realoja, una y otra vez, para sí, vivencias que muchas veces serán difíciles de superar, imposibles de olvidar. Vivencias a veces alegres y a veces tristes, a veces dulces, a veces agrias, pero sobre todo vivencias sentidas y sinceras, vivencias que permanecerán impresas al fuego de la hermandad en los corazones. Vivencias causadas en gran medida por su rica variedad, por la diversidad de personalidades que se aglutinan bajo un mismo techo, en un mismo cuartel.

Nos referimos a las experiencias transmitidas por el hermano respetuoso y prudente que da distinción a las conversaciones, al hermano desinteresado de cuyas manos sale la sabiduría suficiente para mantener en perfecto estado las cuatro figuras, sus ropajes, sus rostrillos y martirios. A las experiencias proporcionadas por el hermano Secretario, que caligrafía en el papel con enorme arte diplomático lo que, en ocasiones, es imposible de narrar.

Nos acogemos también a las del hermano bueno de cuya mirada se extrae en abundancia cariño y generosidad, a las aportadas por el hermano que sigue con su cansada voz a la cuartelera, a las del que pronuncia la oración con el Evangelio entre sus manos, a las experiencias dadas por el orador sereno de voz aterciopelada y a las del infatigable trabajador que pone sus máximos desvelos en lograr nuestra aprobación y comodidad.

Aludimos a las vivencias entregadas por el hermano ausente cuya presencia en las juntas más queridas del año se hace obligatoria, tan obligatoria como la copa de vino que te ofrece aquel otro hermano que acostumbra a cogerte del brazo para contarte cosas y detalles con absoluta complicidad, a las del hermano callado y misterioso que hilvana pensamientos y recuerdos sobre la mesa para acabar brindando con una lágrima en sus ojos.

Nos remitimos al que se arremanga en la cocina y al que le gusta dirigir, al que se prodiga en exactitud con las cuentas, al meticuloso y al conformista, al peleón, al sereno que transmite su calma y a aquel que nos hace revivir la nostalgia porque su antepasado ya partió hacia el pórtico celeste de los mananeros.

Nos referimos a las experiencias aportadas por el hermano decano cuya mirada transmite amor, sabiduría y experiencia.

De todos ellos, en el cuartel, el arrepentimiento, si alguna vez hubo culpa, es sincero y sus lágrimas que se ponen a secar sobre el mantel de nuestra mesa son rocío de verdades.

Todos ellos anhelan profusamente el cobijo de la cercanía del cuartel, el abrazo de la bienvenida, el compartir mesa y mantel, el cantar, el reír y a veces el llorar, pero sobre todo anhelan el sabor de la amistad, el sabor de la hermandad. Y la suma de todas estas sensaciones y sentimientos arrancan una oración entre hermanos:

Por bueno te llevan Preso,
por justo te condenaron,
y cuando muerte te dieron,
tus labios secos se abrieron
y al verdugo perdonaron.

Fíjate. ¿De la hermandad nace la uvita? ¿De la uvita nace la hermandad? Qué gesto tan sencillo, pero tan intenso es la ofrenda de una uvita. Gesto absolutamente mananero, la uvita. Trago corto, genuino, pontanés. Espacial y temporalmente muy corto pero que... ¡encierra tantos matices!

La uvita es nuestro encuentro, o nuestro reencuentro, pero nunca un desencuentro. Es nuestro saludo que permite que no sólo intercambiamos vino, sino también nuestro respeto, experiencias, ideas, opiniones, puesto que es capaz de iniciar una conversación con la que puede consensuarse las más profundas diferencias.

Con la uvita nos ofrecemos hospitalidad, característica definitoria del carácter pontano. Y a partir de ahí, tu conversación y nuestra conversación se acercan hasta fundirse en una sola secuencia de recuerdos comunes desde los que pueden desmadejarse los más íntimos sentimientos de amistad, de generosidad y acrecentar más, si cabe, la hermandad existente entre seres de la mananta.

Pero por encima de todo, gesto de hermandad que aumenta los lazos existentes entre los componentes de las agrupaciones pontanas. Porque ofrecerte una uvita y una mirada solicitante de perdón, prepara el camino para que éste llegue antes.

Hay uvitas que van acompañadas de expresiones que resumen y sintetizan un sentimiento profundo imposible de expresar.

Uvitas acompañadas de enormes sonrisas al ser ofrecidas en las bienvenidas: sonrisas que suprimen de un plumazo larguísimos períodos de atormentada ausencia, uvitas también de sabor amargo, gesto de una despedida, preludio de larguísimos períodos de insostenible ausencia: cuando tú te vas, te llevas el afecto; cuando eres el que te quedas, recibes con la mirada del que parte la inquieta solicitud de fidelidad a su amistad.

Tomemos, pues una uvita, por ti, Semana Santa, por tu hermandad. Por tu generosidad con nosotros. Por tu ser.

En capítulo veintisiete del Evangelio de San Mateo, dice el centurión: *Verdaderamente éste era Hijo de Dios.*

Acabó de dejar a mis hermanos en el cuartel. Terminamos de recorrer las estaciones como todos los años. Y como todos los años hemos consumado el particular e íntimo abrazo universal entre todos los hermanos. Y de nuevo, con el mismo entusiasmo de siempre acabamos de renovar nuestros votos de grupo, de corporación, de evangelistas.

Iba a retirarme, para descansar un poco y así tenerte más mañana, y he querido entrar a saludarte, a hablar contigo, a estar contigo.

Ayer estuve con María, tu Madre. Está triste. Sabe que todo tiene que ocurrir de esta manera. Lo sabe desde que se lo anunció el Arcángel. Pero no quiere. Por encima de Todo eres su hijo y no quiere. La he visto llena de Amargura, cubierta de Dolor, Angustiada por tu pasión en su Soledad:

¡Que no me siga nadie!
Este dolor es mío;
como mía su sangre...
Su sangre derramada por el
mundo una tarde;
Soledad es mi nombre
y la noche lo sabe...
¡Sólo la noche quiero
que me acompañe...!
¡Dejadme llorar a solas
por estas calles...!
¡Preñada voy tan solo
de mi muerte!

Sólo la sosiega la Esperanza por volver a verte en tu reino cuando tú lo dispongas.

Pero, ¿por qué tiemblas, maestro? ¿Qué te pasa? ¿Acaso dudas?

¡Qué la noche no asuste tu alma! ¡Qué la oscuridad no permita que tu espíritu se sobresalte!

¡Cálmate, maestro, ahora estamos a tu lado. Hoy déjanos a nosotros hacer la historia. Hoy déjanos enseñar al mundo qué habría pasado si tu reino de amor hubiese dominado desde el principio, porque la iniquidad del ser humano no permitió que desde tu ejemplo se poblase el universo de expresiones de amor.

Pero esta noche no tomarás el Cáliz amargo del martirio. Sueña, maestro, con el triunfo del bien. ¡Mejor, el mal ya ni existe! ¡Tu victoria es universal! A quien damos muerte eterna es al mal con tu vida eterna.

¡Cálmate, maestro, esta vez no vendrán por ti. Son tantos tus actos de bien que nos mantienen aislados del mundo real. Esta noche no es tal. Sólo nos está sacando de lo cierto.

Las pisadas que escuchas no son de soldados. Sí son de hombres fuertes, de hombres valientes. Son hombres de Puente Genil que vienen para cogerte, pero con sus corazones y llevarte a todos los rincones de un pueblo que te acepta como rey triunfante. Vienen a adorarte, a agradecerte, a pedirte.

Sobre todo, son hombres y mujeres de Puente Genil que quieren estar alertas. No quieren dormir, para que esta noche no estés solo, para que esta noche sea más fácil, para entender porqué, para entender para qué, para rezar, para salir por un tiempo de la bullanga, de lo objetivo, de lo superficial, de lo fácil.

Esta noche vienen por ti para mostrarte a un pueblo que vive por ti, que te necesita, aunque sabe que te tiene y en la mañana quiere decírtelo. Esa es su forma de expresarte lo que han aprendido de ti. Esa es su forma de expresarte su religiosidad. Esa es su forma de decirte que creen en ti. Esa es su fe.

Esas personas que esperan en la Plaza del Calvario para acompañarte son conocedores de que poseen los talentos de la fe. Saben que enterrarla en el mero cumplimiento, en la rutina, en la estricta intimidad es caberse merecedores de tu desaprobación.

Saben que la fe es preciso vivirla, alimentarla, testimoniarla y contagiarla, y por eso vienen para tomarte sobre su hombro y mostrarte a todo un pueblo que te espera para agradecerte con su mirada Tu Mirada, para agradecerte con su amor, Tu Protección; para corresponderte con sus agradecidas lágrimas, Tus Dones; para agradecerte con sus oraciones, Tu Reino.

Y son así porque saben que vivir es caminar, sufrir, luchar, caer y levantarse, tratando de ser fiel a un Dios que nos llama y que no vemos. Y son así porque todavía no se les han hecho extrañas las actitudes básicas de la fe; aún siguen sintiendo el máximo respeto por todo lo que ennoblece al ser humano, todavía consideran que para poder ser estimados no es necesario pagar vocingleros anunciantes que les precedan satisfaciendo su vanagloria, todavía confían en el prójimo, todavía creen que la entrega a los demás santifica.

Esa misma fe es la que les permite lanzarse en la oscuridad de la noche, siguiendo la estrella que una vez vieron, aunque no sepan adónde les va a llevar, como a aquellos hombres que hace dos mil años estuvieron cerca de Ti, te acompañaron, se sintieron fascinados, aunque, también, cobardemente te abandonaron en los momentos decisivos y su fe, la fe, les recuperó para Ti, para convertirse en enviados y portadores del gran tesoro de tu doctrina; y como ellos, estos también dedicarán su vida para dar a conocer la gran noticia de vivirte.

Son gentes de mi pueblo que te llaman Terrible con la mayor ternura permitida, diciendo al mundo: “Soy hijo de Él y Él es mi protección”. Con la mayor ternura y con la más inmensa alegría, porque serte fiel, creer en Ti es alegría, fiesta, alborozo.

Porque el cristiano, el mananero siempre está alegre, porque sabe que va sobre seguro, porque sabe que todo lo que creemos y vivimos no es algo que se han inventado unos cuantos o que no se sabe de donde viene. Los primeros discípulos y la Iglesia que en ellos se fundamenta son la garantía de la solidez de lo que creemos: que Tú, muriendo por amor has vencido a la muerte, que si nos unimos a ti tendremos vida eterna; que vale la pena actuar como Tú actuaste, que vale la pena vivir como Tú viviste, que vale la pena, incluso, morir como Tú moriste, porque en ello está la vida eterna.

Ya va llegando la hora, Señor. Ya están entrando tus bastoneros. La plaza, tu plaza se está llenado de corazones que te aman. Mira tus pies, estás sobre un tapiz de lirios morados. Dentro de un momento estarás sobre una alfombra de corazones pontanos que latirán al unísono para en su cadencia decirte: “te adoramos, Padre”. Míralos, Señor. ¡No dejes nunca de mirarlos!

Ahora, cuando visites nuestras calles no dejes de bendecirlos, no dejes de apaciguar los espíritus angustiados, no dejes de visitar a los enfermos, no dejes de atender tantas y tantas peticiones de perdón por haberte abandonado, tantas peticiones de madres y padres por lo que más quieren, tantas peticiones de hijos por lo que más aman. Peticiones de los que no se quieren ir, peticiones de los que ya quieren volver. Peticiones de los que creen en ti.

¿Oyes esos redobles? Están llegando los Romanos de tu imperio, y ahora, oirás, una vez más, la más bella oración que Puente Genil quiere darte como saludo a este Día Santo.

En la conjunción del silencio, del plenilunio y del florecido céfiro se acomoda la señal que anuncia a Puente Genil que el Amo de todas sus cargas está entre ellos, que te pueden acariciar, que te pueden besar, que te pueden agradecer, que te pueden pedir.

El almendro, calendario de la primavera, la mano del tiempo, ha quitado una fecha: ¡Viernes Santo!

(Suenan tres campanillazos).

¡Ya te vas! ¡Ya nace el día!

Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único hijo, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen.

(Suena SOLO DE TROMPETA DE LA DIANA)

Dice Jesús: *El que quiere venirse conmigo, que reniegue de si mismo, que cargue con su cruz y me siga.* Evangelio de San Mateo, capítulo 16.

Había llegado la hora de vestirme de figura. Por primera vez como hermano de mi corporación iba a vestirme de figura. Subí y entré en el cuarto de las ropas. Lo que hasta ahora no había sido más que una pequeña estancia con cierto olor a nuevo y viejo, se había convertido en un pequeño templo en el que se iniciaba un rito. Y con cada paso que daba de ese protocolo parecía que iba transformándome, desde calzarme las zapatillas, hasta ponerme la capa y los guantes. Todo me recordaba aquella vez que me vestí, pero desde encima de aquella mesa, y mi padre se emocionaba con cada gesto mío.

Ya revestido con las ropas de mi figura, cuando bajaba las escaleras hacia la calle sentía que algo en mí había cambiado, notaba como se estaba produciendo una transformación en mi interior, y ésta se acentuó cuando, en la puerta de mi cuartel, me bajó el rostrillo, y desfilando como en la más pura tradición evangelista, caminamos hacia la formación de la procesión, al encuentro con el Nazareno.

Sentía cómo todo el cuerpo temblaba de emoción. Mi corazón palpitaba con la misma celeridad que mi pensamiento se iba en pos de Jesús. El todavía no ha llegado para que podamos incorporarnos, pero cientos de corazones pontanos marcan con sus oraciones hechas candelas encendidas el camino por el que se acercará el Redentor.

Parece que hace frío, aunque yo estoy sudando, miro hacia los lados lo que permite la rigidez del rostrillo y veo que algunos penitentes van descalzos. Seguramente van cumpliendo una penitencia, imitando tu sufrimiento. Comenzamos a andar y siento una necesidad irrefrenable de hablar contigo, Jesús.

“Señor, ¡cómo sufriste! ¡Lo que tuviste que pasar hasta morir en la cruz! Ningún dolor es comparable al que padeciste, Tú, que aunque inocente, cargaste con los sufrimientos de todos los hombres, porque hiciste tuyos los pecados de todos, pecado del hombre causante de tu sufrimiento.

¿Por qué no me hablas, por qué no me contestas? Sé que me ayudaste en la enfermedad del ser querido, te debo tanto que no sé como pagarte, lo único que puedo ofrecerte es mi oblación, y aquí la tienes, al igual que la de tantos fieles pontanos que también participan en esta penitencia, en esta tu pasión.

A mi alrededor, el pueblo sencillo y llano siente y vive la pasión intensamente. Interminables filas de penitentes miran con fervor, y no les pesa ni el tiempo, ni el recorrido, ni la edad.

Y paso tras paso, pensamiento tras pensamiento, oración tras oración, llega el momento del encuentro; encuentro que llevas esperando desde que, adolescente instintivo, ves y acompañas en cada procesión a los que ahora son tus hermanos. Ves cómo el último de los doce termina su reverencia, y ahora estás tú, sólo ante Él.

Los cientos de penitentes que alumbran a Jesús “desaparecen” junto con los bastoneros y los lirios morados de las Cien Luces. Se hace el silencio.

Es tu momento, el que tanto has esperado. Empiezas el rito con un sentimiento de sincero arrepentimiento por todo aquello que nos gustaría poder cambiar. Y poco a poco, sientes como Él te mira, te habla y te dice que todo va a ir bien, que continúes por ese camino que has elegido, que nunca te rindas, y que si hace falta, Él mismo te dará fuerzas para que insistas.

Después de sus palabras entendidas sólo en el corazón, terminas con un reverencia sincerada por una lágrima que nadie verá, solamente tú y Él; lágrima de alivio y agradecimiento. Y con un “¡Hasta el año que viene, si Tú quieres, Padre mío!” tomas la autorización para este mundo mananero.

Y cuando me quito de nuevo el rostrillo, de vuelta ya en el cuartel, de vuelta ya de mi personal estación de penitencia, siento de forma muy clara que la transformación que sentía al vestirme por primera vez, no es transitoria, que perdura en mí, a pesar de haber vivido este especial paréntesis, aunque vuelva a la realidad. Mi espíritu queda reconfortado, fortalecido para siempre en la fe en Cristo.

Había llegado la hora de vestirme de figura. Por última vez iba a envolverme en mi figura. Subí y entré en el cuarto de las ropas. ¡Qué distinto de aquellos otros que hemos vivido en la corporación durante los años de la iniciación! Cuando ayer las ropas salían de aquellos enormes baúles con un olor indescifrable, mezcla de naftalina y humedad que deterioraban más aún nuestras venerables túnicas y mantos, hoy nos llegan desde habitáculos que conservan y guardan incólumes y perfumados.

Ahora era la última vez que me calzarían las zapatillas, que me atarían el cíngulo, que me compondría el manto, que ajustarían el rostrillo a mi cara para volver a sentir

definitivamente la multitudinaria soledad, el público anonimato, la íntima presencia en la calles de mi pueblo representando las figuras bíblicas de mi corporación. Y como la primera vez, como todas y cada una de las ocasiones que he vestido las figuras de mi grupo, volveré a sentir el escalofrío que precede a la transformación que he sentido al introducirme en la intimidad que me proporciona taparme con las ropas y mantos de mi evangelio, al comenzar a andar, desde mi puerta, como siempre, con el rostrillo puesto, para incorporarnos en la procesión.

Tú todavía no estás en el lugar de encuentro, pero, como desde siempre, te presiento, intuyo tu llegada. Y como desde siempre, tu pueblo te precede, te advierte, portando entre sus manos plegarias, ruegos, oraciones, gestos de amor y devoción, anunciando, perfilando tu llegada.

Tengo que esperar que tu presencia se haga realidad. A través del rostrillo veo el rostro de mi pueblo. Y hoy que voy a enfrentarme a ti, por última vez, en este valle de lágrimas, que voy sumisamente a encararme contigo, sé por fin, Señor, cuál es tu verdadero rostro. Agradezco a los Autores de la Buena Nueva que nunca te describieran, que nunca dijieran cómo era tu verdadera faz, porque de esta forma te he podido ver tanto en el niño ilusionado, que espera el regalo de sus seres queridos, como en el niño que le gustaría que el mejor regalo fuese ser querido. Te he podido ver en el presuroso joven, pero también en el adolescente necesitado de sosiego interior, de norte, de ilusión, de paz, incluso consigo mismo. Te he admirado en el reflexivo hombre, maduro, equilibrado, justo, sabio. Y también, en el que sufre por no poder dar a los suyos lo que le reclaman para vivir, por tener que tragar innumerables veces con ruedas de molino, que en ocasiones no entendía porqué, pero que te ama a pesar de todo. Te he Visto en la amantísima madre satisfecha de los suyos. Y también en la que no conoce ya más formas de pedirte que cuides de los suyos, que no sufran más, que nunca dejes de protegerlos, que nunca dejes de amarlos, que de ella te olvides, si quieres, pero de sus hijos, nunca.

He visto tu rostro, Señor, en mi más cercano prójimo, en mi más lejano antagonista. Y, de la misma manera que a ti, mi Dios, me ha sido fácil amarlos.

Pero lo que nunca podré olvidar, aunque mil vidas sucedan, es tu dulcísima mirada.

Por fin estás en nuestro lugar de encuentro, de nuestro último encuentro por las calles de Puente Genil. Hoy, también la espera ha sido larga, como tantas veces, pero con el paso del tiempo he aprendido que aquello que llamamos Sacrificio es acercarse un poquito más a ti. “Sacrum facio”: hago sagrado; es, ¿porqué no?, consagrar un acto humano para exaltar a Dios; por eso Calor, inactividad, cansancio, martirio no produce pesar, sino al contrario, placer por contribuir a tu Gloria.

Y ahora te haré mi última reverencia terrenal. ¿Cuántas veces, padre mío, aquí, frente a ti?, solos, hablándonos, rezándote, resumiendo en un gesto más, todo lo que durante un año nos hemos propuesto, lo que hemos cumplido, lo que no hemos tenido valor ni coraje para cumplir, lo que hemos acertado, lo que hemos errado. “Padre mío que estás en los cielos, santificado es tu nombre cada vez que uno de los míos sonrío, cada vez que uno de los míos ve un nuevo amanecer, cada vez que una nueva primavera estalla, cada vez que tu mano protectora nos defiende de los avatares negativos de esta vida. Consigue que tu reino de amor se haga cada vez más fuerte entre nosotros que no vivimos sino para el egoísmo y la

insolidaridad. Que sea capaz de hacerte rey en mi corazón y perpetúe tu mandamiento de amor en todas mis acciones y mi pensamiento. Concédeme la humildad y la fortaleza de espíritu necesaria para aceptar tu voluntad a pesar de que me cause dolor, a pesar de que no lo entienda y pretenda, ¡pobre de mí!, revelarme contra ella.

Te doy gracias, Padre, por todo lo que me has concedido, a veces sin pedírtelo y me permite contribuir, con un granito de arena más, a tu labor de magisterio. Perdóname, Señor, por tantas y tantas veces que te he negado, que te he traicionado, que he contribuido a que no reines en nuestros corazones, que he pasado, indolente, ante un necesitado, que he permitido la injusticia, que he tratado de justificarla, que el llanto de un niño infeliz no me ha roto el corazón, que la comodidad y el conformismo no me han hecho sumarme a la lucha por la igualdad que Tú predicaste. Sobre todo, perdóname cuando no he sabido perdonar a los que me han ofendido con la misma actitud que yo he tenido con ellos. Ayúdame, padre mío, para no volver a hacerlo. Hasta el año que viene si Tú quieres, padre mío. Amén.”

Otra vez más, como desde la primera vez que nos ocurrió, la lágrima humedece mi rostrillo y mi rostro. Hoy son sólo de gratitud.

Llego de nuevo al cuartel, me quito definitivamente tus ropas, figura amada. Otro hermano, joven, nuevo, está esperando para ponérselas. Dios mío, la fe perdurará, por los siglos de los siglos.

Dice Jesús:... *Un hijo no puede hacer nada de por sí, primero tiene que vérselo hacer a su padre. Lo que el padre haga, eso lo hace también el hijo, porque el padre quiere a su hijo y le enseña todo lo que él hace.* Evangelio de San Juan, capítulo 5.

En vuestros gestos, hoy pausados, pensados, administrados como la vida buenamente os deja, vemos aquellos otros gestos en que la vida os salía a borbotones y corríais calle abajo, primero con la escoba y la cal, luego, con la silla y el plato y los cubiertos, y el litro de aceite, apartando de donde ya no se podía apartar, escabullendo desde lo más ajustado, privándoos cuando ya sólo los sueños os pertenecían, para hacer Semana Santa.

Primero, con la alegría de un niño; después, con la valentía de un joven os embarcabais en gestos tal vez maquillados de irresponsabilidad y que con vuestro arrojo, la historia no ha tenido más remedio que catalogarlos de gestas. Y pasó el tiempo y con la sabiduría de un hombre os permitíais ayudar, dar luz y ser vigías de que no variaran las coordenadas para que la nave fletada llegara al buen puerto en que hoy la tienes amarrada. Con la perfección de un decano.

Hoy, con la perfección de un decano, venís a vuestro cuartel ayudados en un inquieto brazo lazarillo, pausados, pensando, cargados con la autoridad que os confiere vuestra experiencia; autoridad, sancionada por unas canas, algunas en el alma, muchas nacidas de la santa paciencia, todas sostenidas por una detallista sabiduría.

Hoy, vuestros gestos pausados, pensados, vuestros paternales abrazos, vuestras inteligentes puntualizaciones, vuestras precisas miradas, vuestras preciosas sonrisas, son como el capítulo final de vuestro libro vital que resume, explica y condensa lo que habéis querido exponer en las páginas anteriores de vuestra vida.

Y por vuestros ojos abiertos queréis que la vida os entre a borbotones, porque ya se os escapa y cada gesto, pausado y pensado no es más que el apocope de un “yo también quisiera”, “yo todavía podría”. Porque todavía, en vuestra imposibilidad física, os seguís vistiendo de figura, seguís conduciéndonos en el recorrido de las estaciones que vosotros mismos nos enseñasteis.

¿Alguna vez os señalaron como inconveniente?

¿Quién puede atreverse a mostraros como una traba?

Sois base, estructura sólida que sustenta, también, a las agrupaciones pontanas.

¿Quién necesita acudir a unos Estatutos para deshacer sinrazones?

Sólo miraros es suficiente para distinguir cuándo vuestra abierta sonrisa aprueba, porque poseéis memoria.

Sólo miraros es suficiente para percatarse de que vuestra firmeza enseña, porque el paso del tiempo os ha revestido con la verdad.

Sólo miraros es suficiente para saber con qué dulzura rectificáis sin desmayar en la estabilidad con la que mantenéis el timón.

Sólo miraros es suficiente para interpretar que no os asiste ningún atisbo de duda en vuestros juicios puesto que ya todo lo experimentasteis.

Sois la memoria activa de toda la epopeya manantera pontana. Vuestros gestos, vuestras acciones, vuestra forma de ser y estar entre nosotros, vuestras puntualizaciones, vuestros consejos, vuestra vida ejemplarizante, en definitiva, ha contribuido a ese trasvase a otra generación de lo que para vosotros era lo más valioso.

Vosotros que sois el puerto abrigado al que acudimos cuando las tormentas amenazan con hacer zozobrar la nave más segura. Vosotros que sois la luz que ilumina nuestras mentes en las noches oscuras intimidadas de pérdida no podéis impregnaros de esa sensación agria del decanato por un no poder ante un querer. Y nosotros no queremos percibirnos de esta manera.

Nosotros exigimos conferiros la dignidad merecida por una labor bien hecha, por conservaros en una tradición y por preservamos la posibilidad de zambullirnos en ella. Porque vuestra gloria es habernos hecho este regalo. El regalo más preciado. El regalo más valioso, el único: La Semana Santa de Puente Genil, la Semana en la que después de abrazarnos a la cruz de Cristo en su pasión, clavamos nuestras manos en la piedra sepulcral para apartarla y, con Él, regocijarnos de su triunfo sobre la muerte.

Y vosotros también, y por vuestra incuestionable labor triunfaréis sobre la muerte. Porque, allá donde os encontréis, estaréis siempre entre nosotros.

Nadie discutirá que si no hubiese sido por vosotros, decano de Puente Genil, nunca habríamos recibido tantos y tantos guiones vitales, guiones de comportamiento, que hoy llamamos tradiciones, tantos aspectos formales de nuestra Semana Santa que han adquirido la vitola de fundamentos y han llegado a conformar una manifestación popular y religiosa (popularmente religiosa) única, genuina, en su concepción, en su desarrollo y en su actual presentación.

Nadie se aventurará a justificar la más insignificante ley manantera sin subyugarse a vuestra misión precursora.

Nadie se atreverá a rebatir que sin tener nada, lo disteis todo, conseguisteis todo, lo que os introduce en nuestra memoria para siempre y ya nunca más podréis ser olvidados, porque ello significaría traicionar vuestra presencia entre nosotros y vuestro legado.

Y este sentimiento nos obliga a estimar el beneficio que nos habéis dejado y corresponder a él cuidándolo y manteniéndolo dignamente para que llegue a nuestros herederos y puedan también disfrutar de esta gloria.

Además nos habéis dejado la clave para salvaguardar este tesoro y nuestra obligación es mostrares el mayor de los agradecidos compromisos. Nos habéis legado las competencias y nuestra obligación es asumir esta responsabilidad y dedicar cada uno de nuestros esfuerzos en conseguir que vuestra labor perdure en los tiempos venideros.

Porque vosotros pensabais que era bueno, porque nosotros sabemos que es bueno.

Porque, tal vez, sea lo único bueno para los que tienen que llegar.

También, esa es vuestra misión como heredero de los que ya se fueron. De hombres que os sumaron a su esfuerzo por contribuir a la más grande fiesta pontana. Hombres que desde su privilegiado lugar al lado del Nazareno, nos cuidan y nos exigen, os requieren que custodiéis la Semana Santa. A veces os vemos absorto, como distraído, brindando aparentemente con la nada. Y, sin embargo, Cuántos recuerdos están martilleando vuestras sienes. ¡Aquel cuartel! ¡Aquella calle! Siempre juntos, ¡como la más bella imagen de la auténtica amistad! ¡Y cómo les echáis de menos! Disfrutasteis con ellos los años más bellos, los primeros años: los primeros en aquel grupo, los primeros para la vida. Y supisteis administrar de forma casi mágica los escasos bienes materiales que poseáis, porque vuestra riqueza espiritual era, ha sido siempre inmensa. Nosotros nos hemos rendido ante vosotros, decanos de la mananta pontana y ante ellos, precursores de la misma, aunque no los conociésemos, aunque no lo disfrutásemos, sólo con haberos oído hablar de nuestros decanos fundadores.

A esto ha contribuido saber cómo erais capaces de entender, claro y nítido, el concepto cierto de hermandad, de cómo erais capaces del llevarlo, de cumplirlo, hasta las últimas consecuencias. Hemos sabido cuál era vuestro grado de compromiso con las tradiciones de vuestro pueblo y cuál la veneración por Jesús Nazareno y su Bendita Madre.

Vosotros sabéis que vuestro punto de encuentro con ellos era cuando vestíais las ropas de figura y que cuando el rostrillo envolvía vuestra cara, recibíais la caricia de aquellos

hermanos que nos preceden en el Reino de los Cielos. Incluso sabéis que cuando vosotros acudáis a la llamada de El Terrible, seguiremos recibiendo vuestro beso de hermano, de padre, cada vez que nos pongamos vuestro rostrillo, nuestro rostrillo, vuestro casco, nuestro casco, vuestro capillo, nuestro capillo, vuestro bastón, nuestro bastón, y sentiremos en nuestro espíritu cómo funden, por la hermandad, cuerpos separados por la eternidad.

Y hoy, decanos, cuando vuestro pasado es revisado desde el amor fraternal, se muestra ante nosotros como una vera realidad y concluye que nuestra existencia manantera sólo tendrá justificación desde el momento en que le proporcionemos posibilidad de vida futura, que cobrará sentido desde el momento en la que la dotemos de perspectiva en el tiempo. Y esa debe ser nuestra impronta en la Semana Santa de Puente Genil. Por justicia hacia vosotros, por respeto hacia vosotros, por amor hacia vosotros.

Sabemos que cuando El Terrible os llame, es aquí vuestro deseo entrar en la Gloria, en el cuartel eterno, a los sonos de “Recuerdo”, vestidos de vuestra figura y hacer al Nazareno la más profunda reverencia plena de amor y gratitud. Amor porque le veneráis y gratitud por todo lo que habéis recibido en esta tierra. Y como martirio el libro de vuestra vida con los maravillosos momentos vividos en este bendito pueblo.”

¡¡QUE JESÚS NAZARENO OS BENDIGA!!!

¡¡VIVA EL EVANGELIO!!!